

« Admiraba más que nadie el tan alabado valor de Alejandro: pero, ¿sabéis en qué hacía consistir ese valor? Nada más que en el hecho de deglutir un brebaje de mal gusto. »

Y de allí saca la conclusión Rousseau de que el niño no tiene bastante despierto el espíritu para comprender la historia y que no se le debe enseñar. La paradoja es evidente. Porque Emilio está expuesto á equivocarse á veces en los juicios, ¿se le debe prohibir todo juicio? No admite tampoco Rousseau el estudio de las lenguas; hasta los doce años no sabrá Emilio sino una lengua, porque hasta entonces incapaz de juzgar y de comprender no puede hacer comparación entre los idiomas y el suyo materno. Más tarde, de doce á quince años, encontrará Rousseau otras razones para excluir todavía el estudio de las lenguas antiguas. Y no sólo la historia y las lenguas prohíbe Rousseau á Emilio, sino también la literatura entera. Ningún libro se pondrá en sus manos, ni aun las *Fábulas* de La Fontaine. Es conocida la parcialidad con que critica Rousseau « *el Cuervo y la Zorra*. »

Educación de los sentidos. — La gran preocupación de Rousseau consiste en ejercitar y desarrollar los sentidos de su discípulo. La teoría completa de lecciones de cosas, y aun las exageraciones de lo que hoy se llama método intuitivo se encuentran en germen en el *Emilio*:

« Las primeras facultades que se forman y se perfeccionan en nosotros son los sentidos. Son pues, los primeros que debiera cultivarse: y son los únicos á quienes se olvida ó á quienes más se desdena. »

Rousseau no considera los sentidos formados completamente por la naturaleza; busca precisamente los medios de formarlos, de perfeccionarlos por la educación:

« Ejercitar los sentidos es, por decirlo así, aprender á sentir, pues no sabemos ni tocar, ni ver, ni oír sino cuando lo hemos aprendido. »

Solo Rousseau tiene el error de sacrificarlo todo á esa educación sensible. Critica la máxima favorita de Locke: « Es preciso razonar con los niños. » Rousseau retarda la educación del juicio y del razonamiento, y declara « que para él lo mismo sería pedir que un niño tuviera cinco pies de altura, á los ocho años, que exigirle juicio en esa edad ».

El tercer libro del Emilio. — Desde los doce hasta los quince años se extiende el período que ha consagrado Rousseau al estudio y al desarrollo intelectual propiamente dicho. Es fuerza que el robusto animal, « la corza » como llama á Emilio, después de doce años de educación negativa y temporizadora, se torne en tres años, en una inteligencia perspicaz. Por lo pronto es muy corto el espacio y Rousseau economiza el tiempo á la instrucción con mano avara. Además, Emilio está muy mal preparado para los estudios rápidos que se le van á imponer. Sin haber contraído en sus primeros años la costumbre de pensar, habiendo vivido en plena vida física, tendrá mucho trabajo para desaletargar en unos cuantos meses sus facultades intelectuales.

Pero sin insistir en las pesadas condiciones de la educación de Emilio, veamos en qué se la hará consistir.

Elección en las cosas que deben enseñarse. — El principio que guía á Rousseau en la elección de los estudios de Emilio es el principio de utilidad:

« Las cosas que deben ser enseñadas están sujetas á elección como también las épocas en que debe aprenderse. Entre los conocimientos que están á nuestro alcance, hay unos que son falsos, otros que son inútiles y otros que sirven sólo para alimentar el orgullo de quien los posee. El corto número de aquellos que realmente contribuyen á nuestro bienestar es el único digno de las investigaciones del sabio y por tanto del niño que quiere llegar á serlo. No se trata pues de saber lo que son, sino nada más cuáles son los útiles. »

Rousseau y el abate de Saint-Pierre. — De los pedagogos, unos quieren enseñarlo todo; otros procuran escoger, retener nada más lo necesario. A la primera clase pertenece el abate de Saint-Pierre, quien

quiere que el colegial aprenda todo en la escuela : algo de medicina á los siete ú ocho años ; y en las otras clases la aritmética y la heráldica, jurisprudencia, alemán, italiano, baile, declamación, política, moral, astronomía, anatomía, química, sin contar el dibujo y el violín y otras veinte materias más. Rousseau es más cauto : se espanta con semejante acumulación, con tal encumbramiento en los estudios, pero para inclinarse con exceso á la tendencia opuesta y para restringir fuera de razón la lista de los estudios necesarios.

Estudios de Emilio. — He aquí, en efecto, á lo que se limitan los estudios de Emilio : desde luego las ciencias físicas y en primer lugar la astronomía y luego la geografía, la geografía sin mapas y por medio de viajes :

« Vais á buscar globos, esferas, cartas ; ¡ cuántas máquinas ! ¿ Para qué sirven todas esas representaciones ? Comenzad por enseñar el objeto en sí mismo. »

En esto, como en lo demás, Rousseau prefiere lo que sería mejor, pero lo que es imposible, á lo que sin duda vale menos, pero que es lo único practicable.

Rousseau no quiere tampoco que su discípulo, como el de Rabelais, llegue á ser un « abismo de ciencia. »

« Cuando veo á un hombre, subyugado por el amor á los conocimientos y que se deja seducir por su encanto, correr de uno á otro sin poder detenerse, me figuro ver á un niño en el ribazo juntando conchitas, cargar con ellas y tentado después por aquellas que no ha recogido, arrojar las primeras y tomar éstas, hasta que agobiado por su multitud y no sabiendo ya cuáles escoger, acaba por arrojarlas todas y se vuelve vacío. »

En el plan de estudios de Emilio no se trata de gramática ni de lenguas antiguas. Y lo que es más grave todavía, se proscriben la historia. Esta prohibición de estudios históricos está conforme con el sistema : Rousseau ha puesto á Emilio en el campo : lo ha hecho

huérfano para poder aislarlo mejor. Hacerle aprender la historia sería volverlo á sumergir en una sociedad maldita.

Ni un solo libro, excepto Robinsón Crusoe. — La supresión de los libros es una de las consecuencias de la educación natural y negativa. Siempre exagerado, Rousseau no se satisface con criticar el abuso de los libros : quiere que hasta los quince años no sepa Emilio lo que es un libro :

« Odio los libros, exclama ; sirven sólo para enseñar á hablar de lo que no se sabe. »

Además de ser un tanto cuanto ridícula esta cólera en un escritor de profesión, es evidente que Rousseau se divaga cuando condena el empleo de los libros en la instrucción.

Sin embargo, un libro, un solo libro ha encontrado gracia ante él. *Robinsón Crusoe* formará por sí solo y por largo tiempo la biblioteca de Emilio. Puede comprenderse sin esfuerzo la complacencia de Rousseau para una obra que, bajo forma de novela, es como el *Emilio*, un tratado de educación natural. Emilio y Robinsón tienen entre sí gran parecido, pues se bastan á sí mismos y precinden de la sociedad.

Excelentes preceptos de método. — Al menos, en el método general que recomienda, Rousseau toma la revancha de los errores de su plan de estudios.

« No sostener con el niño conversaciones que no pueda entender. Nada de descripciones, nada de elocuencia, ni una sola figura... Contentaos con presentarle oportunamente los objetos... Transformemos nuestras sensaciones en ideas, pero no saltemos de repente de los objetos sensibles á los intelectuales.... Procedamos siempre de una idea sensible á otra idea sensible. En general no substituyamos el signo á la cosa sino cuando nos sea imposible mostrarla. »

« Las explicaciones y los discursos no me agradan. ¡ Las cosas, las cosas ! no me cansaré de repetir que concedemos mucho poder á las palabras : con nuestra educación habladora, formamos nada más charlatanes. »

Pero sería preciso citarlo todo : casi todos los consejos de Rousseau, referentes al método, contienen

una parte de verdad, y sólo se necesita atenuarlos para que se conviertan en excelentes.

Móviles de acción exclusivos. — Una de las más difíciles cuestiones consiste en saber hacia qué móvil se dirigirá la educación en el niño. En este punto Rousseau es también exclusivo y absoluto. Hasta los doce años, Emilio estará dirigido por la necesidad. Se le habrá puesto bajo la dependencia de las cosas, no bajo la de los hombres. Por lo imposible y por lo posible se le habrá guiado, tratándolo, no como á un ser sensible é inteligente, sino como á una fuerza de la naturaleza á la que se oponen otras fuerzas. Hasta los doce años es preciso cambiar de sistema. Emilio ya ha adquirido algo de juicio. Un motivo intelectual será pues el que setenga en vista para arreglar su conducta. Y este motivo es lo útil. No puede contarse con la emulación en una educación solitaria. Hasta los quince años será posible dirigirse al corazón, al sentimiento y recomendar al joven los actos que se le proponen, no ya como necesarios ó útiles sino como nobles, buenos y generosos. El error de Rousseau consiste en cortar la vida del hombre hasta los veinte años en tres partes bien limitadas, en tres momentos subordinados cada uno especialmente á una regla de acción. La verdad es que en todas las edades es necesario apelar á todos los motivos que obran sobre nuestra voluntad, que en todas edades, la necesidad, el interés, el sentimiento y por último la idea del deber, idea muy olvidada por Rousseau, como todo lo que se deriva de la razón, pueden intervenir eficazmente y en diferentes grados, en la educación del hombre.

Emilio aprende un oficio. — Á los quince años no conocerá Emilio nada de historia, nada de la humanidad, nada de arte ni de literatura, nada de Dios; pero sabrá un oficio, un oficio manual. Con esto se pondrá anticipadamente al abrigo de la necesidad, para el caso en que le arrebatase su fortuna alguna revolución:

« Nos acercamos, dice Rousseau con admirable perspicacia, al siglo de las revoluciones. ¿Quién puede responderos de lo que

llegaréis á ser entonces? Tengo por imposible que puedan durar mucho tiempo todavía, las grandes monarquías de Europa: todas han brillado ya y todo Estado que brilla está en vía de declinación. »

Hemos visto, por lo demás, al estudiar las ideas análogas de Locke, cuáles eran los motivos porque Rousseau hacia de Emilio un aprendiz de ebanista ó carpintero.

Emilio á los quince años. — Rousseau se complace en la contemplación de su obra y de cuando en cuando se detiene en sus análisis y en sus deducciones para trazar el retrato de su alumno. He aquí cómo lo representa á los quince años:

« Emilio tiene pocos conocimientos, pero los que tiene son verdaderamente suyos; nada sabe á medias. Entre el pequeño número de las cosas que sabe y que sabe bien, la más importante consiste en saber que hay muchas que ignora y que puede llegar á conocer cualquier día, lo que es más de lo que saben muchos hombres y de lo que sabrán en toda su vida, é infinidad de otras que los hombres no sabrán nunca. Tiene un espíritu universal, no en cuanto á las luces, sino en cuanto á la facultad de adquirirlas; un espíritu abierto, inteligente, presto para todo, y como dice Montaigne, si no instruido al menos dispuesto á instruirse. Me basta con que sepa encontrar el *para qué sirve* de todo lo que hace y el *por qué* de todo lo que cree. Por una vez aún: mi objeto no es darle la ciencia sino el de enseñarle á que la adquiriera cuando tenga necesidad, hacérsela estimar en lo que vale y hacerle amar la verdad por encima de todo. Con este método se adelanta poco, pero no se da nunca un paso inútil, ni se halla uno obligado á retroceder. »

Todo está bien; pero es preciso agregar que Emilio tiene también sus defectos, sus grandes defectos. Para no citar sino uno, el que domina á todos los demás, señalaremos el de que no ve las cosas más que bajo el punto de vista de la utilidad: no vacilaría, por ejemplo, « en ceder la Academia de las ciencias por la más insignificante golosina ».

Educación de la sensibilidad. — Es cierto que por fin se va á decidir Rousseau á hacer de Emilio un ser amante y racional. « Hemos, dice, formado su cuerpo, sus sentidos, su juicio: nos queda por hacer su corazón. » Rousseau, que procede como un mágico,

por golpes de varita y por operaciones maravillosas, se lisonjea de que Emilio se convertirá, del día á la noche, en el más tierno, en el más moral y en el más religioso de los hombres.

El cuarto libro del Emilio. — El desarrollo de los sentimientos afectuosos, la cultura del sentimiento moral y la del sentimiento religioso, tal es el triple asunto del libro cuarto; asuntos todos que se prestan para la elocuencia, por lo extensos y elevados, y que hacen del cuarto libro del *Emilio* el más brillante de toda la obra.

Génesis de los sentimientos afectuosos. — En este punto Rousseau se ha colocado en la quimera. Emilio, que vive en el aislamiento, que no tiene familia, ni amigos, ni camaradas, está necesariamente condenado al egoísmo y todo lo que pueda hacer Rousseau para reanimar su corazón será enteramente inútil. ¿Queremos formar los sentimientos tiernos y afectuosos? Empecemos por colocar al niño en el medio familiar y social que únicamente pueden dar á esas afecciones la ocasión de desarrollarse. Deja Rousseau, por quince años, formarse el vacío en el corazón de Emilio. ¿Qué ilusoria es la creencia de que podrá llenarlo de repente! Cuando se suprime la madre en la educación de un niño, todos los medios que pueden inventarse para suscitar en su alma los sentimientos dulces y tiernos no son sino paliativos. Rousseau cayó en el error de creer que podía enseñarse á amar como se enseña á leer ó á escribir y que se darían á Emilio lecciones de sentimiento como se le daban lecciones de geometría.

Educación moral. — Rousseau debe ser seguido con mayor razón, cuando solicita que las nociones morales del bien y del mal tengan sus primeros gérmenes en los sentimientos de simpatía, de benevolencia social, suponiendo que se pudiese en su sistema inspirar semejantes sentimientos á Emilio.

« Por fin entramos en el orden moral, dice. Si este fuera lugar á propósito, demostraría yo cómo de los primeros movimientos del corazón se levantan las primeras voces de la conciencia y cómo de

los primeros sentimientos de amor y de odio nacen las primeras nociones del bien y del mal. Haría yo ver que las palabras *justicia* y *bondad* no son únicamente palabras abstractas, concebidas por el entendimiento, sino verdaderas afecciones del alma alumbrada por la razón. »

Si, nada mejor que encaminar al niño, poco á poco, hacia la severa moral razonable, haciéndole pasar por las dulces emociones del corazón; pero con una condición, que no se detenga uno en el camino y que se hagan suceder á las vagas inspiraciones de la sensibilidad las prescripciones precisas de la razón. Ahora bien, como se sabe, Rousseau no ha querido admitir nunca que la virtud fuese más que asunto de corazón: su moral es una moral enteramente sentimental.

Educación religiosa. — Se conocen las razones que determinaron á Rousseau á retardar hasta los diez y seis ó los diez y ocho años la revelación de la religión. La razón es que el niño, con su imaginación sensible, necesariamente es idólatra. Si se le habla de Dios, no puede tener sino una idea supersticiosa. « Ahora, dice enérgicamente Rousseau, cuando la imaginación ha visto por una vez á Dios, es muy raro que el entendimiento le conciba. » En otros términos, una vez sumergido en la superstición el espíritu del niño, no puede desprenderse de ella. Es pues necesario, por el propio interés de la religión, esperar á que la razón bastante madura, el pensamiento bastante fuerte para palpar, en la verdad desembarazada de todo velo sensible, la idea de Dios cuando se le anuncia por primera vez su existencia.

Es difícil conceder la razón á Rousseau. Desde luego ¿no es de temer que el niño que ha prescindido de Dios hasta los diez y ocho años, encuentre natural prescindir de él, después, que razone y discuta sin descanso con su maestro y que dude en lugar de creer? Y si se deja convencer, ¿no es al menos evidente que la idea religiosa, inculcada tardíamente, no eche profundas raíces en su espíritu? Por otra parte, el niño con su curiosidad instintiva, ¿esperará llegar á los diez y ocho años para preguntarse cuál es la causa del universo? ¿No se forjará un Dios á su modo?

« Hace algunos años se ha podido leer, dice Villemain, el relato ó mejor dicho, la confesión psicológica de un escritor (M. Sentenis), de un filósofo alemán á quien sometió su padre á la prueba aconsejada por el autor de *Emilio*. Habiéndose quedado solo por la pérdida de una mujer á quien amaba tiernamente, el padre, hombre sabio y contemplativo, condujo á un retiro campestre á su hijo desde muy tierna edad; y allí sin dejarle comunicarse con nadie, cultivó la inteligencia del niño por el espectáculo de los objetos naturales colocados cerca de él y por el estudio de las lenguas, casi sin libros, secuestrándolo con cuidado de toda idea de Dios. El niño llegó á los diez años sin haber oído pronunciar ni leído ese gran nombre. Pero entonces, su espíritu encontró lo que se le rehusaba. El sol, á quien veía levantarse á día, le pareció el bienhechor todopoderoso, cuya necesidad sentía. Pronto tomó la costumbre de ir al jardín á la salida de la aurora para rendir homenaje á ese Dios que se había formado. Su padre le sorprendió un día y le mostró su error enseñándole que todas las estrellas fijas son otros tantos soles esparcidos en el espacio. Pero fué tal, entonces, el descontento y la tristeza del niño privado de su culto, que el padre vencido acabó por confesarle que existía un Dios, creador del cielo y de la tierra (1). »

La profesión de fé del vicario saboyano. — Rousseau hizo un esfuerzo para reparar por medio de un lenguaje magnífico y con una calurosa demostración de la existencia de Dios, el retardo que espontáneamente impuso á su discípulo.

La profesión de fé del vicario saboyano es elocuente catecismo de religión natural y expresión profunda de un deísmo sincero y convencido. En el sistema de Rousseau la única que evidentemente puede y debe ser enseñada al niño, es la religión de la naturaleza, puesto que el niño es precisamente discípulo de la naturaleza. Si Emilio deseara ir más allá; si le fuera necesaria una religión positiva, á él tocaba escogerla.

Sofía y la educación de las mujeres. — La parte más débil del *Emilio* es la que trata de la educación de la mujer. No es esto debido únicamente á que Rousseau zozobrando decididamente en el romance, lleve á Emilio y á su compañera entre aventuras raras y extraordinarias: es porque desconoce la dignidad propia de la mujer. Sofía, la mujer perfecta, no ha sido educada sino para hacer la felicidad de Emilio. Su educación es toda relativa á su destino de esposa.

(1) Informe de Villemain sobre la obra del P. Girard (1844).

« Toda la educación de las mujeres debe ser relativa á los hombres. Gustarles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarles cuando jóvenes, cuidarles de grandes, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce, son los deberes de las mujeres en todos los tiempos. »

« Sofía, dice M. Gréard, no tiene sino virtudes de segundo orden, virtudes de educación conyugal. Se ha dicho que para el hombre el matrimonio es un segundo nacimiento, que le eleva ó le abate, según la elección que hace. Para la mujer, en la teoría de Rousseau, es el verdadero acontecimiento de la vida. Según la fórmula expresiva de Michelét, quien, con una palabra, resume maravillosamente la doctrina, pero dándole un sentido que la poetiza, « el marido crea á la mujer. » Hasta su matrimonio Sofía no ha existido. No ha sabido nada, ni nada ha leído, « sino un *Bareme* y un *Telémaco* que por casualidad cayeron en sus manos. » Por lo demás se la ha prevenido: « Cuando los hombres sean sensatos todas las mujeres letradas se quedarán niñas. » Emilio es quien solamente debe instruirla y quien la instruirá, quien la modelará á su imagen y conforme á su propio interés. En tanto que él no ha recibido sino hasta la adolescencia los primeros principios de sentimiento religioso, Sofía ha debido penetrarse de él desde su infancia para adquirir muy temprano la costumbre de plegarse á la sumisión. Él manda y ella obedece: la primera virtud de la mujer es la dulzura. Si en su juventud ha frecuentado con libertad los festines, los juegos, los bailes y el teatro no ha sido tanto para iniciarse en los vanos placeres del mundo bajo la tutela de una madre vigilante, cuanto para pertenecer más aún, una vez casada, á su hogar y á su esposo. La mujer no es nada sino á lado, abajo del marido y por él. Extraña y brutal paradoja que, es cierto, Rousseau corrige y repara en todo momento, en el detalle, con las más felices y más encantadoras inconsecuencias. »

En definitiva, Sofía es una persona incompleta, á quien Rousseau no piensa en educar bastante para sí misma.

En su existencia subordinada é inferior los cuidados

del hogar ocupan el mayor lugar. Corta y cose ella misma sus vestidos :

« Lo que mejor sabe Sofía, lo que se la hace aprender con mayor cuidado, son los trabajos de su sexo. No hay tejido alguno de aguja que no sepa hacer. »

Pero no se le prohíbe, aun se le recomienda usar cierta coquetería en sus trabajos :

« A la obra que le gusta más dedicarse es la de punto de seda, porque no hay otra que dé una actitud más agradable y en que se ejerciten los dedos con mayor gracia y con más ligereza. »

Lleva la delicadeza un poco lejos.

« No gusta de la cocina : sus faenas tienen algo que la desagradan. Mejor dejaría quemar toda la comida que ensuciar su delantal. »

« He allí á la buena mujer de su casa ! Se siente que aquí se trata de un personaje de novela que no tiene necesidad de comer. Sofía no hubiera sido bien acogida en Saint-Cyr, donde Madame de Maintenon regañaba con tanta acritud á las jóvenes muy delicadas que « esquivaban el humo, el polvo, los malos olores y que llegaban hasta proferir quejas y hacer gestos cual si todo se hubiese perdido ».

Juicio general. — Para juzgar con equidad al *Emilio* es preciso descartar las impresiones que produce la lectura de las últimas páginas. Es necesario considerar en su conjunto y sin tener en cuenta los detalles, esta obra admirable y profunda á pesar de todo. El análisis la perjudica ; es fuerza leer el *Emilio* entero para estimar su precio. En efecto, leyéndolo se enardece uno al contacto de la pasión que derrama en todo lo que escribe ; se perdonan los errores y las quimeras por los sentimientos elevados y por las grandes verdades que se encuentran á cada paso. Es preciso también tener en cuenta el tiempo en que vivía Rousseau y las condiciones en que escribía. No hay que

dudarlo, escrito treinta años después, en la aurora de la Revolución, para un pueblo libre ó que aspiraba á serlo, el *Emilio* hubiera sido enteramente diferente de lo que es. Trabajando para una sociedad republicana ó que quería serlo, Rousseau no se hubiera engolfado, por odio á la realidad, en las quimeras de una educación particularista y excepcional. Puede preverse lo que hubiera hecho como legislador de la instrucción en tiempo de la Revolución, por lo que ha escrito en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* :

« La educación nacional no pertenece sino á los pueblos libres... La educación es la que debe dar á las almas la forma nacional y dirigir sus opiniones y sus gustos de tal modo que los haga patriotas por inclinación, por pasión, por necesidad » — nosotros quisiéramos agregar nada más : por deber. — « Al abrir los ojos, el niño no debe ver sino la patria y no ver más que á ella. Todo republicano verdadero chupa con la leche materna el amor á la patria, es decir leyes y libertad. Este amor forma toda su existencia : no vé sino á la patria, no vive sino para ella ; desde que se halla solo es hombre nulo ; desde el momento en que no tiene patria, no existe... Quiero que al aprender á leer el Polonés, lea las cosas de su país ; que á los diez años conozca todos sus productos, á los doce todas las provincias, todos los caminos, todas las poblaciones ; que á los quince sepa su historia completa y á los diez y seis todas sus leyes ; que en la Polonia no haya habido una acción bella, un hombre ilustre que no llenen su corazón y su memoria. »

Influencia del Emilio. — Lo que mejor que ningún comentario prueba el gran alcance del *Emilio*, es el éxito que tuvo ; la influencia que ejerció en Francia y en el extranjero ; la duradera repercusión que testifican tantas obras destinadas, sea á contradecirlo, sea á corregirlo, sea á aprobarlo y á difundir sus doctrinas. En los veinticinco años que siguieron á la publicación del *Emilio*, aparecieron en idioma francés dos veces más obras que en los primeros sesenta años del siglo. Rousseau, además de todo lo que dijo por sí mismo preciso y nuevo, tuvo el mérito de remover los espíritus y de preparar con su impulso la rica producción pedagógica de los cien últimos años.

Basta, para convencerse de ello, leer el juicio de Kant :

« La primera impresión que sufre un lector que no lee por vanidad ni por distraer el tiempo, con los escritos de Rousseau, es la de que este escritor reúne á una penetración admirable de genio, una inspiración noble y una alma llena de sensibilidad, tal cual no se ha visto nunca en otro escritor, en ningún tiempo, ni en país alguno. La impresión que sigue inmediatamente á esta, es la de la admiración causada por los pensamientos extraordinarios y paradójicos que desenvuelve... Debo leer y releer á Rousseau hasta que la belleza de la expresión no me turbe ya : entonces será cuando pueda disponer de mi razón para juzgarlo. »

LECCIÓN XIV

LOS FILÓSOFOS DEL SIGLO DÉCIMO OCTAVO. — CONDILLAC,
DIDEROT, HELVETIUS Y KANT

Los filósofos del siglo décimo octavo. — Condillac (1715-1780). — Abuso del espíritu filosófico. — ¿Es necesario razonar con los niños? — Lecciones preliminares. — *Arte de pensar*. — Otras partes del *Curso de Estudios*. — La reflexión personal. — Crítica del exceso en la devoción. — Diderot (1713-1784). — Sus obras pedagógicas. — Sus cualidades pedagógicas. — Necesidad de la instrucción. — Idea de la instrucción pública. — Crítica de los colegios franceses. — Reformas propuestas. — Preferencia á las ciencias. — Modos de ver incompletos sobre la importancia de las letras. — Opinión de Marmontel. — Otras novedades del plan de Diderot. — Helvetius (1715-1771). — Paradojas del *Tratado del Hombre*. — Refutación de Helvetius por Diderot. — La instrucción secularizada. — Los Enciclopedistas. — Kant (1734-1804). — Idea elevadísima de la educación. — Optimismo psicológico. — Respeto á la libertad del niño. — Cultura de las facultades. — Prohibición de los cuentos. — Diversas especies de castigos. — Educación religiosa.

Los filósofos del siglo diez y ocho. — Si la filosofía progresó considerablemente en el siglo diez y ocho, fué debido en gran parte á los esfuerzos de los filósofos de esa época. Ya no sólo los especialistas se preocupan por la educación. Casi todos los pensadores ilustres del siglo diez y ocho abordaron ó profundizaron estas grandes cuestiones. Creeríase agotado el asunto después de haber estudiado á Rousseau; pero sin tener en cuenta la corriente pedagógica de que fué principio el *Emilio*, deben seguirse en sus vías originales, en las que marchan aislados é independientes, á los otros filósofos de esa época. Emergen algunas